

LA VERGÜENZA DE CAPERUCITA ROJA

I

A pesar de la tormenta, Caperucita Roja corría apresuradamente por la acera. Había sido todo muy embarazoso y muy inoportuno; no sabía cómo había podido ser tan tonta de pensar que las cosas volverían a ser como antes. Como antes, pensó. Ya nada era como antes. Antes podían tener una sencilla conversación sin esa tensión, sin vergüenza alguna, sin ese rencor reprimido hacia sí misma que la asfixiaba. Ella lo había echado todo a perder. Pensaba. Iba pisando los charcos. ¿Cómo pude tirarlo todo por la borda? –se decía. –¿cómo iba a aceptar después de lo que hice? –se lamentaba. Se sentía ridícula. Chof, chof, chof. Las gotas de lluvia sonaban estrepitosamente en el suelo. Se sentía culpable.

Hace tan sólo un mes las cosas eran diferentes. Aquel día salían del cine y estaban comentando la película, una comedia. Maldita la hora en la que se le ocurrió a ella ir a ver *esa* comedia, pues le había hecho reflexionar y... reflexionar era lo único que tendría que haber evitado a estas alturas. Sólo fue un desliz, un instante, dentro de tantos años de relación y sin embargo le había costado caro. Por qué abriría la boca, por qué. Por qué lo hizo. Todo, esto y lo otro. Y salieron comentando la película, y una cosa llevo a la otra y...

En un primer momento, antes de llegar a la cafetería, parecía que fuera a ser diferente. Tengo una oportunidad, se había dicho. Ahora o nunca, he de intentarlo. No obstante, no pasaría mayor vergüenza en toda su vida. Los ojos de él la culpaban. Con esa mirada profunda y triste que tenía se lo había dicho: “me traicionaste”. Costaba mirarlo a la cara, a sus ojos verdes. Ella casi no podía levantar la cabeza. Por favor –pensaba- no digas que no. Pero él dijo que no. Y no solamente eso, sino que le dijo algo más con la mirada. Le dijo que le había hecho daño, que eso no se hacía, que pensaba que ella no era así, que pensaba que era una buena chica, que tendría que haber cortado antes de que sucediera pues hubiera sido más honrado por su parte, que se sentía dolido y que no quería saber nada más de ella. Y ella huía por la acera... hacia su hogar, hacia el interior de sí misma. Se mojaba. Chof, chof, chof.

II

Precisamente se habían conocido también en un día lluvioso de abril. El *pub* era un antro pero la cerveza estaba buena, quizás era la mejor cerveza de la ciudad “en relación calidad-precio”, como le decían sus amigas. Él había ido “con unos colegas” y por lo visto paraban por allí bastante a menudo. La música no era muy buena y además atronaba. A veces iban músicos a tocar y entonces el local sacaba lo mejor de sí mismo y se revestía del clásico *blues-jazz*, con dejes *ska* de antaño, como en los viejos tiempos. Ahora lo habitual era pinchar música comercial. Pero la cerveza era muy buena y allí se habían conocido.

En un primer momento su acento extranjero la espantó. Otro guiri con ganas de ligar, se dijo. Sin embargo no pretendía ligar, sólo era una pregunta formal: “¿Quieres algo?, esto está petadísimo, si quieres puedo pedirte lo tuyo también, porque veo que llevas un rato aquí”.

- No te molestes, con que no se me cuele nadie me conformo.
- Si no es molestia. Llevo dinero, así que pido lo mío y, de paso, lo tuyo.
- Gracias, pero no necesito que me invites. Además, llevo la pasta de mis amigas también.
- ¡Oh no!, no pensaba invitarte. Pago yo y luego me lo das, eso es todo. Sólo quería echarte una mano, pero si no quieres ya te las arreglarás tú misma.

Al principio sintió que se la tragaba la tierra, ¡qué malentendido más tonto! Pero luego los ojitos verdes se volvieron risueños y una enorme sonrisa pelirroja se abrió en medio de su cara.

- Bueno, aunque si lo prefieres te puedo invitar. –Dijo volviendo a sonreír.
- ¡Oh no, es igual!, pero muchas gracias. Es muy amable por tu parte; perdona que haya sido tan maleducada. Sin embargo, ahora que lo dices... ¿Puedes pedirme cuatro pintas y te lo doy en un momento?
- Por supuesto, Caperucita.
- ¿Caperucita?
- Bueno, veo que todavía no te has quitado el abrigo y... ¡es tan rojo!
- Ah sí, ja, ja, es que no he tenido tiempo todavía, pero ya me estoy empezando a achicharrar aquí dentro, será mejor que lo haga.
- Además, tiene la capucha roja.
- Sí, sí, la tiene, je, je.



Era escocés, de Saint Andrews le había dicho; pero ya llevaba cuatro años fuera de su país. Ella le explicó que estaba finalizando medicina, que sólo le quedaba un año y medio y que ya sería licenciada, pero que no se sentía con fuerzas para acabar. Y luego la especialidad. Era demasiado. Además, quería irse también fuera, como él. Pero yo tengo cinco años más que tú, no te preocupes, ya tendrás tiempo de irte, le había contestado él. No, me conozco, le había dicho ella, “yo no tengo valor para eso”.

“Yo no tengo valor para eso”. Ni para eso ni para dar la cara. Pero no puedo seguir mortificándome.

Era un día típicamente otoñal, triste. No obstante, la comedia que acababan de ver en el cine les había hecho reír mucho. Trataba de una pareja que se ponía los cuernos mutuamente y tenían que hacer todo lo posible por evitar que el otro se enterase. Era una *sit-com* como otra cualquiera y por lo tanto finalizaba bien; pero ello no impidió que dos horas más tarde, en la cama, ella empezase a pensar. Le había engañado, sólo había sido una vez y con una sola persona pero le había engañado... con una sola persona... en realidad no le había engañado: *le seguía engañando*. Ya no estaba enamorada de él. Sólo pasó una vez y había intentado romper la extraña tela que había empezado a entretejer con aquél que no era Él: No puedo seguir haciendo esto –le había dicho a su amante al despertar a la mañana siguiente. -No puedo empezar una relación contigo ahora –añadió. Y sin embargo, él replicó: “¿no crees que ya es muy tarde para echarte atrás?”.

“¿No crees que ya es muy tarde para echarte atrás?”. La frase le amartilleaba la cabeza.

Y seguía lloviendo.

III

Ya no quedaba demasiado para llegar a casa. El camino era largo pero el sonido de la lluvia, los pensamientos y las lágrimas hicieron que el recorrido le pareciera más corto.

El camarero había venido para tomarles nota; ella en realidad deseaba una tila, pero no quería parecer nerviosa así que pidió un café. Otro para mí, añadió él, pero cortado, por favor. Él empezó a hablar. ¿Para qué me has hecho venir? fue la primera pregunta que salió de su boca. Porque soy imbécil, se dijo ella. El silencio se prolongó un buen rato hasta que finalmente ella se echó un poco de valor encima:



- Supongo que te lo debes imaginar. –Hizo una pausa esperando a que él dijera algo pero siguió con la boca cerrada.
- He estado pensando –continuó- y... verás... siento que las cosas no son como antes. Yo... bueno, no se si lo sabes, pero hace mucho que ya no estoy con él. Yo... no es lo mismo, mi vida no es la misma. Yo... he estado pensando y... te echo de menos. –Pero él siguió sin decir la nada. La situación era muy incómoda. Hubiera preferido que hubiera resoplado, que la hubiera interrumpido, que hubiera gritado, escupido. Cualquier cosa menos azotarla con el látigo de la indiferencia. Tuvo que hacer un esfuerzo para continuar:
- Fui una tonta. No te puedes imaginar el tiempo que he pensado en ello. Yo... no quería que las cosas salieran así, no de este modo. Las cosas pasan, a veces, pero creo que hay ciertas maneras para impedir que el daño sea irreparable. O al menos para no hacerlo crecer. –Silencio. –¿Me explico? –añadió. Pero él continuó sin decir palabra.
- Yo... quería pedirte perdón. Decirte que no sabes cuánto lo siento. Que me siento fatal, que no se cómo pudo pasar, es que fue todo tan rápido que...
- Lo que pasa es que no sabes perder –la interrumpió. –Me dejaste, me perdiste y ahora has perdido al otro, y no puedes con ello. No lo soportas. Siempre quisiste tener la razón en todo y todo tenía que salir siempre a tu manera. Y esto también.
- Te estoy diciendo que lo siento. Estoy arrepentida.
- ¿Qué lo sientes?, ¿qué sientes?, ¿qué las cosas no salgan como tú quieres?, apostaste por él. Me dejaste por él. Si has apostado por el caballo equivocado y has perdido no pretendas volver ahora y pretender que nada ha pasado porque *ha pasado*. ¿Entiendes?, tienes que saber perder.

Eso fue todo. No pudo acabar el café porque ni siquiera lo había empezado. Al camarero no le había dado tiempo aún a venir pero ya en ese mismo momento sintió vergüenza, mucha vergüenza. Una sensación tremenda de culpabilidad y un intenso calor comenzaron a recorrerle todo el cuerpo. De repente sintió que ya no quería estar allí, que no merecía la pena. Que jamás lo lograría y que no se lo merecía. Lo miró a los ojos. Eran un espejo, podía leer claramente a través de ellos, y lo que el espejo le decía es que no quería volver a verla nunca más. Entonces él habló:

- Se me ha olvidado decirle al camarero que tú no puedes tomar azúcar.



Tania Lobato

No pudo soportarlo más. Se levantó de la silla atropelladamente, se abrochó el abrigo como pudo para no calarse demasiado y se cubrió con la caperuza roja. Y salió sin más. Salió huyendo.

Afuera estaba lloviendo. Chof, chof, chof...

(Diciembre 2007)